

EL 7 DE NOVIEMBRE.

Periódico Democrático, político-social, órgano de la Sociedad
LOS INDEPENDIENTES CONSTITUCIONALES.

VALE EL NÚMERO
10 centavos.

COLABORADORES,
LOS MIEMBROS DE LA SOCIEDAD.

Editor y Administrador Responsable,
JOSÉ HIDALGO.

CONDICIONES DE PUBLICACIÓN.

Este periódico saldrá dos veces por mes. El precio de suscripción por semestre ó sea la serie de 12 números, vale \$1.00.

Se admiten comunicados con la correspondiente firma al pie, para la responsabilidad de imprenta.

Se insertan avisos á precios moderados.

Para todo lo concerniente á Administración, entenderse directamente con el Administrador.

PERMANENTE.

He jurado cumplir y hacer cumplir la constitución y las leyes de la República; solemne promesa, síntesis la más completa que puedo presentar de mi programa de Gobierno.

No me satisface oír la proclamación de buenos principios, admiro á los hombres que los saben practicar.

JOSÉ J. RODRÍGUEZ.

AGENTES DE «EL 7 DE NOVIEMBRE» EN ESTA CAPITAL.

Félix López F. Manuel Piedra.
Mauro Oviedo. José Hidalgo.
Rafael Acuña.

PERMANENTE.

Todo artículo que lleve firma al pie, no pertenece á la Redacción de este periódico. Por tanto la Sociedad no es Responsable.

EL 7 DE NOVIEMBRE.

Carta de Paris.

14 de abril de 1861.

Señor Director de «El 7 de Noviembre.»

Las ideas expuestas en la primera carta que diriji á EL 7 DE NOVIEMBRE, necesitan algún desarrollo é intentaré darselo en esta y en las sucesivas hasta que en mi concepto quede bien depurada la cuestión; todo lo posible al menos, teniendo presente la naturaleza de estos escritos y la importancia del asunto.

Las luchas que la humanidad ha librado en el transcurso de los siglos contra la división en castas y contra la desigualdad de derechos, han sido tantas y tales que sería necesario para abarcarlas todas,

consagrar una vida al asunto y escribir muchos volúmenes sobre él.

La historia de esa campaña de los débiles contra los fuertes, de los oprimidos contra los opresores, es la historia de la humanidad en un larguísimo período, y aunque no se sabe si años ó quizá siglos serán aún necesarios para que la lucha cese, estableciéndose un orden regular é inalterable en las relaciones sociales; cierto es también que todos las hombres de buena voluntad están obligados á desembarazar de obstáculos el camino para que haciéndolo más accesible resulte en apariencia mucho más breve.

Descartemos desde luego las convulsiones de la edad primera, de la que podríamos llamar propiamente infancia del mundo, porque eran falsos los lazos que unían á los hombres entre sí. Alucinarlos, envanececerlos, hacerles considerar á un solo hombre como emanación divina capaz de unirlos al carro de sus victorias y merecedor de cánticos de alabanza aun en medio de sus orgías criminales era la aspiración única de los directores interesados de aquellas sociedades embrionarias.

Tierras que dominar, con la fuerza; pueblos que embrutecer sometiéndolos á la condición de esclavos y como medio una idea de la patria elevada á las últimas potencias de la vanidad ó del orgullo, para no ver al lado allá de las fronteras más que enemigos ó bárbaros; ésto era todo en la época á que me refiero.

Realmente, siendo tal la humanidad en los tiempos de Esparta, de Atenas y de Roma, ya cuando el despotismo residia en uno, ya cuando lo ejercían las multitudes en variadas formas, pocas enseñanzas nos ofrecen en el terreno que ha de ser objeto de mis investigaciones. La razón de ser de aquellas sociedades que á pesar de sus deficiencias excusables nos dieran ejemplo de virtudes apenas conocidas en los tiempos que corren, estaba en el sostenimiento de una gación superior á todas y por esto mismo susceptible de desencadenarse en un momento dado con furia verdaderamente avasalladora. Un arco bien templado con la acerada flecha pronta á dispararse; he aquí la comparación más exacta que se me ocurre.

¿Qué representaba entonces el bienestar social?

La pasión dominante no dejaba tiempo para pensar en él.

Las madres parían hijos para un fin determinado; éstos se educaban para cumplir una misión y los imperios se elevaban con las virtudes guerreras,—bárbaras virtudes siempre,—y decaían cuando rendidos los brazos y embriagados los espíritus, á las épocas de actividad susituaban otras

de molición y abandono. En este estado de cansancio las ambiciones se convertían en explotadoras de la ignorancia y la superstición general y resultaban los grandes hundimientos que nos cita la historia, sin que de las ruinas de lo caído se levantara el hombre más libre, sino tan esclavo como antes. Nada había hecho en su propio beneficio.

El imperio de la justicia estaba lejos. Cazar ilotas, ahogar la propia madre al hijo de sus entrañas cuando era defectuoso, convertir la guerra en bárbaro pillaje y vender en la plaza pública ciento cincuenta mil vencidos á título de cosas ó de esclavos, como lo hizo en Epiro Pablo Emilio, eran las tendencias, la moral y los fines de aquellos siglos de barbarie civilizada, barbarie que no tuvo ejemplo, seguramente, en las épocas que se pierden en las nebulosidades del tiempo, allá, cuando los hombres de la edad de piedra vivían en manadas entre las fieras de los bosques primitivos.

En medio de aquella lucha de pasiones ciegas, claro es que se oyeran voces inspiradas en sentimientos de justicia, algunas de ellas tan vibrantes, que hoy mismo resuenan sus ecos en nuestros oídos. Pero aquellos hombres excepcionales, si fueron escuchados no fueron muy atendidos.

Platón nos suministra un ejemplo. Sus doctrinas pudieran rehacer el mundo.

El dijo que no hay diferencia entre la condición de un hombre oprimido por sus pasiones y la del pueblo oprimido por un tirano.

El dijo que no debemos alucinarnos con la felicidad aparente del tirano al contemplar sus palacios y sus riquezas, sino que al contrario, dejando á un lado todas las grandezas postizas, todo el aparato teatral, debemos ver lo que queda.

El dijo que se debían destruir los privilegios del nacimiento, porque con mucha frecuencia ponen el poder en manos de ineptos ó de imbéciles.

Lo primero es altamente filosófico, lo segundo es altamente práctico, lo tercero es altamente político.

Si aventamos con el soplo de nuestra inteligencia más cultivada, las ideas reconocidamente erróneas del sabio discípulo de Sócrates, aunque sólo quedara como semilla útil lo que de él acabo de citar, sería preciso reconocer en el filósofo griego una autoridad indiscutible.

Ensánchense, dilátense esas tres ideas y resultará todo un programa político y social de primer orden.

Los pueblos aprenderán á odiar á los

tiranos y aprenderán a conocerse a sí mismos.

Los pueblos comprenderán lo que significan los goces materiales, los oprobios de la vida y estimarán en todo lo que valé la pobreza digna y honrada.

Los pueblos aprenderán a odiar las castas ó aborrecer los privilegios del nacimiento y se convencerán de que la República es el único gobierno aceptable cuando la libertad otorga todos los derechos, cuando la ley exige todos los deberes y el orden ampara el ejercicio de la una y de la otra.

Como el asunto es complicado y esta carta podría resultar, alargándola, demasiado empalagosa, continuará otro día.

De U. afmo. y S. S.

EMILIO PRIETO.

La voluntad popular.

Cuando consideramos atentamente las causas del retroceso ó estancamiento, que de ambas cosas hay, —en que los pueblos americanos de raza latina se encuentran, en tesis general, y vamos por el análisis al fondo de la cuestión, nos encontramos, bien al revés de lo que los críticos superficiales afirman, que el fundamento se halla en pretender educar teóricamente á los hombres.

La teoría para los filósofos, para los sabios. La práctica es la única escuela para los niños; y los pueblos, sin educación, son eternamente niños. Del sistema docente de la pura memoria y el dogma no explicado ni comprendido, han resultado los retrasos de la civilización humana. Si el niño ha de aprender á hacer clavos, hay que ponerle el hierro en sus manos y que lo pase á la fragua, y luego que está rojo que lo vuelva á tomar con la entenalla, para para que no se quemé, y que coja el martillo y lo bata sobre el yunque en tiempo y modo oportuno; y así aprenderá á hacer clavos, aunque al principio se quemé, ó golpee, ó salga el clavo con aristas irregulares y caras imperfectas y cabeza mal chafada.

Bueno es que á la par se le explique cada operación y que entienda *por qué* cada operación debe hacerse de tal ó cual manera, pero lo otro es lo esencial para hacer clavos.

Júzguese de la escuela de los ciudadanos, y se encontrará por doquiera lo mismo.

Para llegar á ser libre es necesario usar de la libertad.

Así cuando de buena fe se nos pregunta—¿cómo hay que hacer para un pueblo adelante y prospere?—contestaremos adelantando y prosperando.

A un pueblo no hay más que facilitarle el campo para que se haga cargo de su situación y cuando más estimularlo y alentarle en la vía de sus progresos.

Está demostrado que cuanto menor presión se ejerza sobre las masas tanto más adelantan y prosperan.

Lo demás es despreciar al pueblo mismo, que es ó debe ser el dueño de los destinos, y hacérselo comprender así basta.

Allí donde el gobierno gobierna menos es donde mayor prosperidad alcanza la nación.

Es un error digno de la edad media, el pensar que por las ligas de los poderosos, por las *santas alianzas*, se puede resolver el problema de la suerte de los pueblos. Esto será verdad para hacerlos

infelices; nunca para hacerlos prósperos y grandes.

Sin embargo, todavía se puede comprender eso en las monarquías, más no en las repúblicas.

Esta forma de gobierno pide que el pueblo mismo sea el factor de sus destinos.

Ahora bien, si no hay otra forma que la decisión por mayoría en los asuntos de interés iniversal para los ciudadanos, aplicable es aquí la máxima de Epicteto; que hemos puesto por cabeza de estas pobres y sencillas reflexiones. El *pretor*, es decir, el poderoso, sea quien fuere, no tiene derecho á imponer su voluntad. ¿Quiere premiar méritos reconocidos *por él* en algún individuo?—prémieles en hora buena en lo privado suyo, más no en lo público, de todos, cuando todos, ó la mayoría, rechazan esa imposición.

En casos semejantes, la pasión suele dominar á los muchos como á los pocos; pero la razón común se equivoca siempre menos, en las cosas que le atañen, que la razón individual.

Gobierno que se dirija por la opinión pública, siempre será buen gobierno.

Nosotros no elogiamos ni censuramos nada concreto; damos simplemente una opinión de sana política para la República, y como ella viene reforzada por el pensamiento del filósofo frigio, esclavó de un esclavo, pero el hombre de espíritu más libre que ha existido, no tememos aplicarla al pueblo para quien escribimos.

Ese mismo sabio, precursor ó destello manial del cristianismo, el perseguido de Domiciano, decía: «La vida es una larga y ruda campaña: los unos son generales; los otros, soldados. Cada uno debe cumplir con su deber, por más duro que sea, y permanecer firme en su puesto.»

No podemos halagar los oídos de nadie, pero ya se sabe que la melodía de la adulación adormece y marea.

El que sea capaz, como Ulises, de hacerse atar al mástil de su nave, para escuchar el canto de las sirenas, ése es sabio y prudente.

El pueblo debe aprender sus deberes y sus derechos, ejercitándolos. Quien le imponga algo, aunque sea el bien, no es democrata, no es amigo del pueblo.

¿Tropieza el pueblo al principio?

También tambalean y se caen y se hacen chichones los niños cuando empiezan á andar; pero esto es necesario.

El chistoso Jerocles cuenta que un tonto que sufrió una ahogadura, juró no volver á echarse al agua mientras no supiese nadar.

Conque, lo que hay es asirse á la verdad, y nada más. Ella es buena tabla de salvación.

(De La Prensa Libre núm. 132.)

La Prensa.

Este cuarto poder del Estado, como se le ha solido llamar, ya no cruje en Costa Rica como crujía hasta ahora poco en visperas de la elección de los días 3, 4 y 5 del corriente.

¿Por qué ha enmudecido?—Nosotros no nos explicamos el silencio de esas hojas periódicas, que nacieron al calor de la lucha de ideas y de principios que desarrolló la cuestión electoral en su primera etapa, cuando dicha materia no ha sido definida en su última y más importante instancia.

Esas hojas semanarias, el mejor termómetro para juzgar el estado de la opinión pública, son elemento utilísimo para el gobierno, al cual ayudan muchas veces con sus consejos; otras con sus advertencias y hasta con sus censuras, aquellas que se inspiran en la justicia.

Las escenas políticas cambian, y las necesidades de un día pueden no ser las del siguiente; pero la tarea del periodista es permanente, porque las ideas no mueren ni los principios sucumben, y cada período de tiempo de la vida social trae su consiguiente dosis de afán y de labor.

El pueblo ha empezado en Costa Rica á cobrar gusto por la lectura, y se interesa por la cosa pública y ya aplica su propio raciocinio, si no ilustrado y científico, si sensato, inteligente y con sus puntitos de malicia. No es que haya nacido aprendiendo, sino que ya va aprendiendo; y la prensa que es la que ha dado los principales rudimentos de la enseñanza, se calla á las primeras lecciones? No, su misión no ha concluído; esas hojas periódicas hacen falta; ellas sirven de *mediun* ó intérprete al pueblo y el gobierno; al primero le explican el valor legal, patriótico y justo de las providencias gubernativas; al segundo le marcan los grados de amor ó aversión de la suspicaz y mutable aura popular.

Para el uno la prensa es apóstol; para el otro profeta; para todos recreación y enseñanza. Sigán, pues, ejerciendo su magisterio esos voceros del pueblo.

(De La Prensa Libre núm. 132.)

Antítesis.

Con tal epigrafe ha visto la luz pública en «El Tren», periódico liberal-radical de Tegucigalpa, Honduras, un artículo referente á las ideas de Mr. Harrison acerca de la prensa. Tomamos de dicha producción los siguientes notables conceptos.

«Estas palabras del Presidente Harrison, son, sencillamente, la expresión de las ideas y de los sentimientos de un hombre honrado, de mente clara y de sentido práctico, que se enorgullece de ser jefe de un pueblo libre; que ejerce con lealtad y devoción las elevadas funciones de gran Sacerdote en el templo augusto de la democracia: que estima como un deber de honor y de conciencia el cumplimiento de su promesa solemnisísima de respetar la Ley Fundamental de su patria y los mandatos imperativos de la pública opinión; que no tiene la necesidad de creerse infalible, ni presume que él, en todo momento y en todas circunstancias, piensa y obra mejor que todos sus conciudadanos; que comprende claramente su posición, y la toma como el desempeño de un encargo, condicional y limitado, de sus mandantes, y no como un poder omnímodo y ejercido en virtud de derecho propio; que sabe muy bien que él no es más que un servidor del pueblo, un administrador de intereses que no son suyos, y cumple, honradamente, con la obligación de ajustarse á las instrucciones contenidas en la ley escrita, y de atender á las advertencias y reclamos de aquellos que le han confiado la dirección y manejos de esos mismos intereses; que conoce por otra parte, que el pueblo de la gran República dista mucho de ser un hato de ganado hipodromo, y que no le toleraría el yerro de poner manos atentatorias sobre el sagrado de sus derechos.

Se ha dicho y repetido muchas veces, entre nosotros, que nuestros pueblos necesitan todavía educarse convenientemen-

te y recorrer un largo espacio en la vida política antes de poder entrar definitivamente en el abierto y esplendoroso campo de las instituciones republicanas. Por desgracia hay mucho de verdad en esa afirmación; sólo que los más necesitados de esa educación vienen a ser los que forman en primera línea, la entidad moral denominada *El Estado*, a quienes se hace preciso, ordinariamente, enseñarles a ser honrados y caballeros; a no abusar de su posición; a no romper el círculo en que los encierra la ley; a no convertirse en oprimidos insolentes de la debilidad; a no hacer nada, individualmente, que no pudieran hacer con honra en su simple condición de ciudadanos; a comprender que no es honrado el que no cumple con sus juramentos y se convierte en depositario infiel de un tesoro encomendado a su guarda; a respetarse a sí mismo, respetando los derechos de los demás; a no creerse superiores a cuanto de lejos ó de cerca los rodea. A escuchar con deferencia la expresión leal de ajenas ideas, y oír con buena voluntad aquello mismo que personalmente los contraría; a tener el valor moral de confesar y de rectificar sus propias equivocaciones; a cifrar por último, su orgullo legítimo y su gloria, y hasta su misma vanidad, en ser y manifestarse superiores a la turbamulta de enanos insolentes y de mezquino espíritu, que se creyeron más grandes, cuanto fueran en realidad más despreciables y pequeños.

Cierto que la masa general de todas ó de la mayor parte de nuestras nacionalidades americanas, de origen indo-español, necesita con urgencia ser educada convenientemente, para poder entrar de lleno a gozar de los beneficios inapreciables de la vida republicana; y, por eso, puede muy bien decirse que, quien más se esfuerza por elevar el nivel intelectual y moral del pueblo, por medio de una educación apropiada, ese trabaja con mayor eficacia por el advenimiento definitivo de la República. Nuestros pueblos necesitan indudablemente, y lo necesitan como el pan de cada día, educarse en el conocimiento de sus derechos y deberes, para cumplir religiosamente con éstos y saber hacer un uso conveniente de los primeros, pues que la conciencia clara y distinta de unos y otros es indispensable para que haya ciudadanos idóneos, sin lo cual será en vano que pretendamos llegar al establecimiento de la República genuina; pero esa educación tiene que ser más bien práctica que teórica, pues si esperáramos, para entrar con planta segura en las anchas vías de la democracia, el contar con un pueblo generalmente ilustrado ó ideólogo, tendríamos que quedarnos estacionados indefinidamente en los comienzos del camino, y que dejar pasar muchas, muchísimas generaciones, antes de resolvernos a marchar determinados a la conquista de nuestros lógicos ó providenciales destinos. A ese paso, los mismos Estados Unidos se hallarían muy lejos todavía, de poder llamarse, como con propiedad se llaman—y menos por su condición numérica y su progreso sin paralelo que por su alteza y su valor moral—*la Gran República*.

Mal podrán nuestros pueblos elevarse en espíritu y tener una noción distinta y clara de sus derechos y deberes, cuando unos y otros se hallan mistificados por la fuerza, y cuando sus naturales maestros y conductores se los tienen en poco. Pésima escuela es, seguramente, la que pretende formar ciudadanos idóneos para la libertad, mientras se los mantiene á raya

con el látigo y moviéndose en una esfera de esclavitud y de abyección. Para ser libres hay que comenzar siéndolo en el hecho, de verdad: hay que dar principio, rompiendo, de una vez, las ligaduras infames que oprimen el cuerpo y el alma: hay que comenzar arrebatando—dijémos así—la libertad, é imponiendo respeto incondicional y profundo por los derechos inherentes y constitutivos de la humana personalidad: hay que dar principio, simultáneamente, en las más y en las menos encumbradas esferas sociales, arrollando las dificultades ciegas, arremetiendo contra las resistencias tenaces, y saltando sin miramientos—cuando otro recurso no quede,—por encima de todo cuanto se oponga á la realización de los altos fines que han traído á la vida los individuos y la sociedad: y ésto es lo que principalmente, ha de inculcarse, un día y otro, en el corazón y en la inteligencia de los pueblos que son ó que se manifiestan párvulos é incipientes.

Las ansias de la libertad son, de todo punto, espontáneas en el hombre, como que forman parte de la esencia constitutiva de su ser moral, siendo la libertad el medio ambiente natural del espíritu, donde únicamente puede desarrollarse y crecer; y la historia nos enseña que, al cabo, todos los obstáculos que se oponen á ese crecimiento y desarrollo resultan nulos, pues, tarde ó temprano, el hombre logra quebrantarlos, y la acumulación perenne de fuerzas, aparentemente adormecidas, sólo sirve para detenerlas por de pronto estancadas é impedir la marcha de sus corrientes serenas, dando como resultado inevitable la catástrofe. Por eso hemos dicho que, en materia de educación, urge, sobre todo, la de esa parte social que comprende lo que puede llamarse *clase gobernante*, pues el pueblo tendría ya bastante con adquirir virilidad.»

(De *La Prensa Libre* núm. 133.)

A PROPÓSITO DE *La Prensa Libre*.

La prensa no sólo es un gran poder; es un verdadero apostolado. Esparcir por todas partes la buena nueva del progreso; llevar al pueblo, falto de luz, el evangelio democrático, que le haga comprender la grandeza de sus derechos; enseñar, moralizar, depurar las conciencias, levantar el espíritu, hacer, en fin, del esclavo, del ignorante, del desheredado, un ser libre y digno,—he aquí la misión augusta del periodismo.

Mas cuando la prensa, esa fuerza viva del pensamiento humano, de donde surge alada la idea, que á un mismo tiempo es luz y libertad, está á merced de personas que ponen su pluma en almoneda pública; personas que, haciendo á un lado esas, para ellos, vanas quimeras que se conocen con los nombres de *conciencia*, *dignidad* y *justicia*, sólo miran en su interés personal; entonces, triste es decirlo, el periodismo, en vez de ser baluarte de los pueblos, es tan sólo el genio maléfico de su perdición.

La pluma, en poder de tales escritores se convierte en tósigo, así como la espada en la mano de ciertos militares se convierte en puñal.

Gentes de tales condiciones, acostumbradas por lo común á todas las bajezas, las vemos arrastrarse á los pies del poderoso, quien quiera que éste sea, con la astucia de la serpiente y la docilidad del perro.

¿Qué importan las condiciones que se les impongan? Lo que buscan es tan sólo su interés. De allí nace su audacia y su cinismo.

La religión, la Patria, la Política, todo para ellos no es más que mero asunto de especulación. Hoy los vemos atacar á los católicos en nombre de la filosofía del siglo XVIII, mañana los vemos en contra de Voltaire y los enciclopedistas en nombre del Catolicismo.

Tales son sus principios: pero no son esos, ni con mucho los verdaderos Apóstoles de la prensa libre.

(De *La Prensa Libre* núm. 134.)

La lucha eleccionaria.

(COMO QUEREMOS LUCHAR.)

Las fuerzas se ejercitan luchando y así también se vigorizan las ideas. Cuando nos guía un fin noble y elevado, tenemos obligación de combatir para alcanzarlo; y si ese fin es de vital importancia para el país, el indiferentismo es una ignominia, es un crimen. Lidiemos, pues, con ardor, con entusiasmo; pero con lealtad, con honradez. No nos arredremos al comparar la grandeza de los obstáculos, con la pequenez de nuestra fuerza, no, adelante, siempre adelante, que de gotas se compone el mar. ¿Sucumbimos? Bueno! ¿Triunfamos? Magnífico!! Siempre hemos ganado: siempre será germen de libertades el que hoy plantamos y ejemplo digno para nuestros hijos. Al mismo señor Sr. Esquivel no le sería muy honroso gobernar un pueblo de corderos. El Lic. Rodríguez lo rehusaría también: y cualquier hombre digno se ruborizaría de mandar un halo de paucistas. Luchemos, más al hacerlo, marquemos en toda su extensión la inmensa barrera que hay entre las pasiones y la legítima ambición de libertades, entre los que persiguen un ideal y los que se aferran á una personalidad; no imitemos jamás á los que contestan un argumento con un insulto, á los que oponen la fuerza á la razón. Siempre lamentaremos los manejos de aquellos que *quitan el uniforme á la policía y no ponen policías dentro de los uniformes*, porque esos manejos sólo logran inspirar odios y estos no debieran jamás figurar en la arena donde sólo las ideas están llamadas á combatir. Cuanto más largos sean *los machetes* que traen los uniformes sin policía; cuanto más *precisas y determinadas* sean las instrucciones dadas á la policía sin uniforme, tanto más lejos se colocan del terreno legal, en que tan necesario y hermoso sería que todos nos colocásemos.

Luchemos, luchemos sin tregua; pero de esa manera decente y comedida que jamás autoriza el vejamen; así como lo hemos hecho hasta aquí. Adelante todos! Ejercemos abiertamente los derechos consignados en nuestra «Carta.» Que si de esta vez no conocemos prácticamente lo que son y lo que valen las instituciones republicanas, jamás lo conoceremos. Sigamos, acatando ante todo la ley, y la posteridad se encargará de maldecir al que nos extorcione.

La lucha de personalidades, las imposiciones de la fuerza, la calumnia y toda clase de armas viles, no se emplean por aquellos á quienes asiste la razón, y el derecho. El combate con tan miserables elementos es siempre contraproducente, y el que lo pone en planta, resulta herido por sus mismas armas y deja limpios y brillantes á aquellos sobre quienes las esgrimen.

me; y á él le sucede lo que á los barrendos de calles: quitan el lodo y se ensucian con él. Así no querriamos lidiar; así no se usa de los derechos de ciudadanos, sino que se abusa de las ventajas del más fuerte, lo cual nunca es digno, nunca es decoroso.

Ojalá uno y otro bando jamás se olvidaran de esto; y continuando el uno como va, entrando el otro en la verdadera vía, fuéramos todos adversarios dignos unos de otros, y así, cuando llegue un momento supremo, cuando nos encontremos delante de «Las Urnas» que será el terreno donde libremente el último combate, vencedores y vencidos podamos finalizar la lid con un abrazo fraternal, uniéndonos para formar desde aquel momento un solo partido; para tener una sola idea: la legalidad, la soberanía de la patria y el sostén leal y seguro del Mandatario elegido mientras este acate la ley y no se olvide que el pueblo es el único soberano en la República.

¡Así queremos luchar!

D. VALDEAR.

(De La Verdad núm. 4.)

Sección Editorial.

Uno de los principios que sustenta la actual Administración Pública, como encarnación verdadera de la democracia, es el respeto de la libertad de la prensa.

Ella, aunque llegue á los excesos más amenazantes y ridículos, y á la ruin jactancia de la impotente y desalentada oposición contra el orden y legalidad, no llevará al Ejecutivo á extremos que otras veces se han cohesionado con la paz y tranquilidad públicas.

El Gobierno obra tranquilo dentro de la esfera de la ley y de la honradez y desprecia los ataques que en el paroxismo de la ira le hacen sus contrarios envalentonados y defendidos por el respeto sin límites que el Jefe de la República profesa á la Constitución y á las garantías.

El periódico «La República» viene de algún tiempo á esta parte lanzando al rostro del Gobierno el cargo de debilidad.

Esa debilidad es el respeto á la ley, y ésta tan sólo podrá castigar el libertinaje cuando él toque los lindes del delito.

Entre tanto, la conciencia del deber mantiene en su puesto de honor á los que se sienten depositarios de la soberanía y voluntad nacional, y de ahí no los desquejará ni el sarcasmo infame ni la procacidad provocadora y tenaz.

El Gobierno tiene conciencia de sus actos y no teme la provocación de quienes mal inspirados, propalan especies falsas contra él y quieren llevar á los ánimos de los sencillos ó de los ambiciosos la idea de debilidad que le atribuyen. Cuando le falte la convicción del bien que persigue y la seguridad legal de sus actos, entonces podrá temer, antes de esto, y sin perjuicio de hacer el uso debido de sus fuerzas, cuando las circunstancias lo exijan, se conforma con seguir sosteniendo las libertades adquiridas, hasta en favor de aquellos que aun disfrutándolas no las estimen ni las comprendan, y gobernando con la buena fe y rectitud que sus propios actos revelan.

(De La Gaceta Oficial, número 161 de 17 de Julio de 1890.)

Las grandes ideas, ésas que siempre han encontrado óbices y oposiciones, no

precisamente en las masas, que doquiera están listas á su reforma y mejora, sino en la escuela conservadora, privilegiada, bienquista con el goce de su tradicional grandeza y *welfare*; las ideas que han redimido á la humanidad, han incubado en un genio ó ingenio superior,—que no ha sido más que síntesis y resumen de su época ó de su pueblo;—el talento y la inteligencia, el grande arte, creador y cuasi-divino de Sócrates, de Galileo, de Colón, de ésos que han sido llamados por los sabios y poderosos de su tiempo *locos*, ha chocado siempre con el pedernal del dogmatismo de las escuelas, no con la suave cera del buen sentido común de las masas, ávidas de verdad y de engrandecimiento moral y material. La Agora de Atenas condenó al primero: la Inquisición romana torturó al segundo; el *substratum* científico siglo XV, en la nación más grande y más sabia de aquel momento histórico, por medio de la Universidad de Salamanca, la primera en sus días, escupió el rostro del tercero, el descubridor de un mundo, con la homérica carcajada de la *omnisciencia*.

La coplada de filósofos del siglo pasado, si con nobletones y fanáticos que los sacrificaban á alfilerazos, encontraronse también con un pueblo ansioso de luz y de libertad, en cuyo seno herviente se condensó la tempestad que estalló en 1789, y los descendientes de los puritanos de Escocia, que concibieron el nuevo evangelio de los Derechos de Hombre en las soledades de América, con motivo de unas cajas de té, hicieron reventar en la magna guerra de secesión el volcán de la democracia en el pueblo americano, y Bolívar, que fué casi un dios, él y sus apóstoles de la idea, que concibieron el plan, hallaron sin dificultad el épico ejército de la Iliada hispano-americana, en las masas *indoctas é inconscientes*, que son sin embargo las depositarias de la soberanía, las dueñas absolutas de sus destinos, las que gobiernan las democracias.

¡Y que se traiga á cuenta la misión divina del Cristo!

El que se fué derecho á las masas indoctas, que combatió el estacionarismo aristocrático de los Doctores de la Ley, que tomó sus *generales y ministros* de entre humildes pescadores y obreros oscuros, su padre putativo mismo un carpintero, su cuna un pesebre; que hirió á la poderosa, tiránica Romana, avasalladora universal en medio de la frente,—como el joven David rompió con la peladilla de su honda la del forzado Goliath,—y predicó al pueblo, y no á los grandes, á los ignorantes no á los sabios, su doctrina de libertad, igualdad y fraternidad. . . .

¡Oh! se necesita desconocer por completo la Historia de la Humanidad y sus leyes, para sentar sobre esos precedimientos el credo de la aristocracia y de la imposición previa de las grandes reformas!

Está uno tentado á decir con Hamlet: «Palabras, palabras, palabras.»

Bueno es que se vaya esclareciendo el programa de cada partido, para que sepamos á qué atenernos.

Jefferson, el padre de la Democracia norteamericana, predicó sólo derechos, y apesar de sus Zóloos, venció. La noción del deber nace espontáneamente de la idea del derecho. Un pueblo á quien se le predicán sólo deberes, y con quien se emplea la fuerza y la imposición, en nombre del orden público,—esa mentira de los despotas,—no es más que un pueblo de ilotas. Rusia es eso. España é Hispano-América lo han sido también por siglos.

Desde la Revolución francesa se sabe que sólo es libre el pueblo que quiere serlo, que se toma por sí mismo la libertad, que no la aguarda como maná del cielo, llvido por la gracia de sus dispensadores de bienes, sobre el desierto de sus eternas peregrinaciones.

Las señales de los tiempos son otras, que las que determinaron la época de los pastores y caudillos de naciones.

Enseñad derechos y tendréis ciudadanos; los deberes son el freno que el derecho mismo pone en la cuestión social; si sólo hay obligaciones y cadenas, el progreso y la reforma son mentira.

Y bien; las grandes conquistas de que habláis aquí mismo ¿qué son? ¿dónde están?

Vamos á verlo.

(De La Prensa Libre núm. 232.)

El pueblo costarricense haciendo uso de su libertad y de su soberanía, ha derrocado el poder militar y ha hecho surgir con esto una nueva sociedad; la democracia constitucional se ha levantado victoriosa y sus miembros, los ciudadanos obreros del trabajo se constituyen en gremios para implantar un gobierno industrial. El Estado se presentará ahora como el buen padre naturalizado, quien todo se sacrifica por sus batalladores hijos. El nuevo jefe electo para regir nuestra patria, no aspiró al poder; fué electo por la voluntad soberana del pueblo, y gobernará por esta misma voluntad, y el día que ella le falte, descenderá de la Suprema Magistratura; éstas son más ó menos las elocuentes palabras del primer Jefe de nuestra Democracia Costarricense.

(De La Prensa Libre N.º 211.)

GACETILLAS.

Damos nuestro más sentido pésame á nuestro estimable amigo el General don Pablo Quirós por la inesperada desgracia que ha venido á turbar la paz de su familia con la muerte de su apreciado hijo Calixto. Deseamos que la conformidad con la suerte, tan necesaria en estos casos, encuentre cabida en su lacerado pecho.

Nosotros nada decimos respecto de suspensión de garantías, por no meternos en camisa de once varas. Lo único que nos atrevemos á hacer es reproducir algunos artículos de los principales órganos de nuestro partido para que se vea lo que va de ayer á hoy, lo que es lo mismo la diferencia de opiniones, sui generis, de ciertas personas según que es en arriba ó abajo.

ANUNCIOS.

AVISO.

Sociedad de los Independientes Constitucionales. Por acuerdo del catorce del mes en curso, la directiva dispuso nombrar provisionalmente al señor don José Hidalgo, editor y administrador responsable de «El 7 de Noviembre» durante la ausencia del editor y administrador en propiedad.

El Prosecretario,
FÉLIX LÓPEZ F.

San José.—Imprenta de José Canalias.